

La velada como práctica cultural y pedagógica

En la tradición escolar latinoamericana, las veladas han sido entendidas muchas veces como **actos escolares** vinculados a efemérides o celebraciones institucionales. Sin embargo, cuando se resignifican desde un enfoque inclusivo y territorial, se transforman en un **dispositivo cultural y educativo** con un alcance mucho mayor.

Se constituye en un **espacio de encuentro entre la escuela y la comunidad**, donde se articulan saberes formales y no formales. Permite **poner en valor las identidades locales y la diversidad cultural** del territorio. Opera como un **motor de pertenencia**, ya que los estudiantes y familias se reconocen en lo producido y representado. Funciona como **escenario inclusivo**, porque abre la participación a todas las voces y corporalidades, habilitando múltiples lenguajes artísticos (teatro, música, danza, plástica). De este modo, la velada se convierte en un **espacio de pedagogía cultural**: no se limita a “mostrar” aprendizajes, sino que **produce cultura, diálogo y transformación social**

La velada como dispositivo cultural

El concepto de **dispositivo** ha sido trabajado ampliamente en la teoría social y filosófica contemporánea. **Foucault (1977)** lo define como un entramado heterogéneo de discursos, instituciones, normas, prácticas y saberes que configuran modos de subjetivación, es decir, formas en que los sujetos se constituyen a sí mismos en una trama de poder y conocimiento. En la misma línea, **Agamben (2011)** amplía esta noción al señalar que todo dispositivo produce subjetividades, al ordenar las prácticas sociales y los modos de percepción del mundo.

Si trasladamos esta categoría al campo educativo, la **velada artística** puede pensarse como un **dispositivo cultural** porque articula diversos elementos: prácticas escolares, expresiones artísticas, tradiciones comunitarias, memorias colectivas, relaciones interpersonales y lenguajes múltiples. Estos componentes se entrelazan para **producir subjetividades, identidades y sentidos compartidos**. La velada no es solo una actividad estética o recreativa, sino un **ensamblaje pedagógico y cultural** que configura modos de ser, de habitar el territorio y de vincularse con el conocimiento.

En primer lugar, la velada constituye un **espacio de confluencia entre discursos escolares y culturales**. Según Berchialla (2023), al integrar los saberes escolares con las prácticas culturales comunitarias, la velada resignifica la enseñanza y habilita la emergencia de nuevas formas de participación inclusiva. Así, lo escolar deja de estar aislado y se pone en diálogo con las memorias, tradiciones y expresiones locales.

En segundo lugar, la velada funciona como un **operador simbólico y político**. No sólo transmite contenidos, sino que también habilita procesos de **cuestionamiento y**

resignificación. El ejemplo trabajado en la experiencia de Cepeda —la deconstrucción de estereotipos de género en cuentos clásicos— muestra cómo la velada puede ser un espacio de crítica cultural y de transformación social (Berchialla, 2023). En este sentido, el arte se convierte en un lenguaje capaz de interpelar jerarquías simbólicas y abrir debates sobre derechos, identidades y equidad de género.

En tercer lugar, la velada **produce cultura**. Según Pinto (2019), las escuelas del siglo XXI deben convertirse en espacios capaces de convocar el deseo de aprender y de enseñar mediante experiencias culturalmente significativas. La velada, en tanto práctica estética y comunitaria, amplía horizontes simbólicos, genera nuevas narrativas colectivas y permite que los sujetos se reconozcan como **agentes culturales activos**, no meros receptores pasivos de información. Se trata de un proceso de democratización cultural, donde los niños, jóvenes, docentes y familias no solo “reciben” cultura, sino que **la crean y la recrean**.

Finalmente, si lo vinculamos con el enfoque de las innovaciones educativas, **Rivas (2017)** sostiene que las prácticas que logran transformar la escuela son aquellas que rompen con la rutina expositiva y generan experiencias dialógicas y significativas. Desde esta perspectiva, la velada es un **dispositivo innovador**: convierte la escuela en un escenario vivo de aprendizaje compartido, articulando arte, inclusión y justicia cultural.

Conexión con el rediseño escolar

En el documento **Rediseñar la escuela para y con las habilidades del siglo XXI**, Lila Pinto (2019) sostiene que la escuela no puede seguir pensándose únicamente como un espacio de transmisión de saberes tradicionales, ni como una institución que se adapta de forma mínima a los cambios sociales. Más bien, debe comprenderse como un **problema de diseño cultural e histórico**, susceptible de ser transformado con creatividad, rigor pedagógico y compromiso social. En palabras de la autora, se trata de construir una escuela capaz de ser **emocionalmente significativa e intelectualmente desafiante**, que convoque el deseo de aprender y enseñar en un contexto cultural dinámico.

La velada, entendida desde esta perspectiva, se inscribe como un **dispositivo inmersivo de innovación pedagógica**. En lugar de reproducir el formato clásico de la clase expositiva, centrada en la pasividad de los estudiantes, la velada **involucra activamente a los sujetos** en una experiencia cultural viva que combina arte, narrativas colectivas, reflexión crítica y participación comunitaria. De este modo, rediseña la experiencia escolar al integrar con el territorio, las identidades y los lenguajes artísticos.

La velada convoca las **habilidades del siglo XXI**, aquellas que Pinto (2019) considera centrales para pensar la escuela contemporánea:

- **Creatividad**, al promover la producción estética y simbólica de los estudiantes.

- **Pensamiento crítico**, al habilitar procesos de cuestionamiento cultural (por ejemplo, la deconstrucción de estereotipos de género o la relectura de tradiciones locales).
- **Comunicación**, mediante la diversidad de lenguajes expresivos (oralidad, teatro, danza, música, plástica).
- **Colaboración**, porque requiere trabajo conjunto entre docentes, alumnos, familias y comunidad para su planificación y realización.

La velada resulta **emocionalmente significativa e intelectualmente desafiante**. No se trata de un evento meramente “decorativo” o anecdótico, sino de una **instancia de producción colectiva de sentido**. Pinto (2019) enfatiza la importancia de experiencias formativas que generen coherencia entre lo que se enseña y lo que se vive en la escuela. En esta línea, la velada pone en juego aprendizajes que trascienden lo curricular: enseña a convivir, a dialogar, a expresarse artísticamente y a reconocerse como parte de una comunidad cultural activa.

Por otra parte, la velada **refuerza el principio de coherencia institucional** (Pinto, 2019). La escuela, como comunidad de aprendizaje, debe ser coherente entre sus valores fundacionales y sus prácticas cotidianas. Así, lo que se enseña en las aulas sobre ciudadanía democrática, inclusión y creatividad encuentra en la velada una **puesta en acto** concreta, donde se materializan valores de participación, justicia cultural y equidad. Esta coherencia es fundamental para que los aprendizajes sean auténticos y sostenibles.

Finalmente, la velada puede leerse como un **rediseño pedagógico situado**, porque responde a la necesidad de contextualizar la enseñanza en el tiempo y espacio de cada comunidad. Al poner en diálogo saberes escolares con identidades culturales, la velada hace de la escuela un lugar **convocante, relevante y culturalmente significativo** para todos los actores que la habitan. Retomando a Pinto (2019), se trata de rediseñar la escuela con las habilidades del siglo XXI, pero también desde el **territorio y las realidades concretas**, superando la distancia entre lo que se enuncia como ideal pedagógico y lo que efectivamente se vive en las instituciones.

La velada como innovación educativa

El planteo de **Axel Rivas (2017)** en *50 innovaciones educativas para escuelas* resulta clave para comprender cómo ciertas prácticas pedagógicas logran un verdadero carácter transformador. Las innovaciones educativas que el autor considera decisivas se definen por su capacidad de romper con la enseñanza rutinaria y memorística, generar experiencias de aprendizaje significativas, promover el diálogo y la creatividad, ser sostenibles en el tiempo y constituirse en comunidades de aprendizaje que involucren a todos los actores escolares.

En esta perspectiva, la **velada artística** puede entenderse como una innovación educativa de gran impacto. A diferencia del acto escolar tradicional, que suele adoptar un formato rígido y

ceremonial, la velada se resignifica como un espacio de participación activa, de expresión estética y de producción cultural compartida. Tal como muestra la experiencia relatada por Berchialla (2023), cuando se transforma en un proyecto inclusivo y territorial, la velada deja de ser un evento accesorio para convertirse en un núcleo pedagógico donde se entrelazan arte, conocimiento y comunidad.

La potencia innovadora de la velada radica en que produce **aprendizajes con sentido**. Al permitir que los estudiantes interpreten narrativas culturales, cuestionen estereotipos y articulen saberes escolares con tradiciones locales, el aprendizaje deja de ser mera repetición y se convierte en una práctica creativa y reflexiva. Esta dinámica coincide con lo que Rivas (2017) señala como el motor de las innovaciones educativas: el deseo de aprender, que se activa cuando el conocimiento se vincula con la vida y con la identidad de los sujetos.

Asimismo, la velada abre un espacio de **inclusión y justicia cultural**. Del mismo modo que experiencias como las tertulias dialógicas, analizadas también por Rivas, democratizan la palabra en el aula, la velada democratiza la cultura en la escuela. Todos los miembros de la comunidad tienen la posibilidad de participar, aportar sus saberes y reconocerse como productores de sentido. Este rasgo la convierte en una práctica que fortalece el derecho a la educación, entendido no sólo como acceso a contenidos académicos, sino también como acceso a la producción y disfrute de bienes culturales.

Otra característica que la vincula con la innovación educativa es su **viabilidad en contextos diversos**. Lejos de depender de recursos tecnológicos sofisticados o costosos, la velada se sostiene en la creatividad docente, en la participación estudiantil y en la puesta en valor de los recursos culturales del territorio. Por ello, se presenta como una práctica sostenible y adaptable, alineada con la idea de que la innovación no siempre implica grandes cambios estructurales, sino la capacidad de resignificar lo que ya existe para otorgarle nuevos sentidos pedagógicos.

Finalmente, la velada favorece la constitución de **comunidades de aprendizaje**. En su desarrollo participan estudiantes, docentes, familias y vecinos, lo que transforma la relación entre escuela y comunidad. El conocimiento se construye colectivamente y no se restringe al espacio del aula, sino que se expande hacia la vida social y cultural del territorio. Este rasgo la vincula directamente con la visión de Rivas (2017), quien sostiene que las innovaciones más profundas son aquellas que logran involucrar a múltiples actores en procesos colaborativos de transformación.

En síntesis, la velada puede leerse como una innovación educativa decisiva en el sentido planteado por Rivas. Constituye una práctica que rompe con la rigidez del acto escolar, genera aprendizajes significativos, promueve inclusión y justicia cultural, es viable y sostenible en distintos contextos y contribuye a la conformación de comunidades de aprendizaje. Como señala el autor, muchas veces las innovaciones funcionan como un **“caballo de Troya” cultural**: parecen prácticas simples o conocidas, pero en su interior contienen la posibilidad de transformar radicalmente la cultura escolar. La velada, en este sentido, se revela como un

dispositivo de cambio profundo que amplía horizontes pedagógicos y culturales en la escuela contemporánea.

Conclusiones

La reflexión desarrollada en torno a la velada como dispositivo cultural permite comprender su potencia pedagógica y su vigencia en la escuela contemporánea. A partir del marco conceptual de Foucault (1977) y Agamben (2011), la velada se concibe como un **dispositivo cultural complejo**, capaz de articular prácticas, saberes, discursos y lenguajes diversos que configuran subjetividades e identidades colectivas. No se trata de una práctica periférica o complementaria, sino de un **espacio simbólico y político** que produce cultura, habilita procesos de cuestionamiento y resignificación, y posiciona a los sujetos como agentes culturales activos (Berchiolla, 2023).

En diálogo con la propuesta de Pinto (2019), la velada se proyecta como un **rediseño escolar situado**. Al transformar la experiencia educativa tradicional en una vivencia cultural inmersiva, convoca las habilidades del siglo XXI , creatividad, pensamiento crítico, comunicación y colaboración , generando aprendizajes que son al mismo tiempo intelectualmente desafiantes y emocionalmente significativos. Su realización contribuye a la coherencia institucional, pues materializa en la práctica valores inclusivos, democráticos y creativos que muchas veces permanecen como enunciados abstractos en el discurso pedagógico.

Al mismo tiempo, la perspectiva de Rivas (2017) permite reconocer a la velada como una **innovación educativa decisiva**, en tanto rompe con la rigidez del acto escolar tradicional y lo resignifica como experiencia de justicia cultural y participación comunitaria. Su carácter replicable y sostenible la convierte en una herramienta poderosa para fortalecer la escuela pública, mientras que su capacidad de generar comunidades de aprendizaje la alinea con los procesos de transformación escolar más profundos.

En conjunto, estos aportes evidencian que la velada no debe reducirse a un acto escolar de carácter ceremonial, sino que debe ser entendida como un **dispositivo cultural, un rediseño pedagógico y una innovación educativa**. Su relevancia radica en que habilita un cruce fecundo entre arte, territorio, comunidad y escuela, construyendo un horizonte de educación democrática, inclusiva y culturalmente significativa. Lejos de ser un simple recurso metodológico, la velada se constituye en un **motor de transformación institucional y social**, capaz de democratizar la cultura, ampliar los sentidos de la escuela y potenciar el derecho a la educación en toda su dimensión.

Referencias

- Agamben, G. (2011). *¿Qué es un dispositivo?* Editorial Anagrama.
- Berchialla, M. (2023). *Veladas artísticas en contextos rurales: prácticas de enseñanza con enfoque territorial, inclusivo y colaborativo*. Escuela Primaria N.º 6090 “Ejército Argentino”.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.
- Pinto, L. (2019). *Rediseñar la escuela para y con las habilidades del siglo XXI*. Fundación Santillana.
- Rivas, A. (Comp.) (2017). *50 innovaciones educativas para escuelas*. CIPPEC.